

Vigésimo Octavo Domingo del Tiempo ordinario B/2018

Las lecturas de este domingo hablan de la importancia de la sabiduría divina. Muestran que sólo Dios da la verdadera sabiduría que nos conduce a tomar buenas opciones en la vida. Nos invitan también a desear la sabiduría divina de modo que andemos los caminos rectos y alcancemos la salvación eterna.

La primera lectura describe la importante elección que tomó Salomón en un momento crucial de su vida como Rey de Israel. Muestra como, en vez de pedir a Dios la riqueza, la salud y el honor, oró porque se le diera prudencia y sabiduría para gobernar bien al pueblo de Dios. Muestra también que prefirió la sabiduría al cetro y trono, la prudencia al oro y plata. Finalmente, el texto muestra que al hacerlo de esta manera, Dios le dio todo que necesitó y más allá de sus propias expectativas.

Lo que este texto nos enseña es que las atracciones del mundo son transitorias y sólo Dios es un valor eterno. Otra idea que tenemos es que la sabiduría divina nos conduce a tomar buenas opciones en la vida. La última idea está relacionada con el reconocimiento de que la sabiduría divina es más importante que el conocimiento y la riqueza humana.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy en el que Jesús le habla al hombre rico sobre una opción difícil de tomar, como lo era el abandonar sus posesiones y seguirlo. En primer lugar, el Evangelio comienza con la mención del viaje de Jesús y la acción del hombre que le preguntó sobre la salvación eterna. Entonces, da la respuesta de Jesús quien señaló al hombre respetar los mandamientos. Da también la reacción del hombre que alegó que había observado los mandamientos desde su juventud.

Después, el Evangelio habla de la exigencia de Jesús para que el hombre vendiera todo lo que poseía a fin de poder seguirlo. Enseguida, da la reacción del joven hombre que se marchó triste debido a que contaba con muchas posesiones. También nos muestra la reacción de Jesús a la actitud del hombre al decir lo difícil que es para el rico entrar al Reino de los Cielos.

El Evangelio termina con la pregunta de los discípulos a Jesús sobre su propio destino ya que ellos habían dejado todo para seguirlo. Como para terminar, Jesús les tranquiliza al hablarles sobre la recompensa que les esperaba tanto en el presente, como en el futuro en el reino de los Cielos.

¿Qué aprendemos del Evangelio de hoy? Hoy quiero hablar de las demandas del reino de Dios. ¿Qué quiero decir con esto? Déjenme explicar. De hecho, cuando Jesús comenzó su ministerio él dijo a la gente que el reino de Dios estaba en medio de ellos. Por eso, debían arrepentirse y creer en el Evangelio.

De esa proclamación, hay dos elementos importantes que son la fe y el arrepentimiento. Pero el reino de Dios en sí mismo está estructurado alrededor del respeto de la Ley. Por eso, para muchos israelitas, el cuidado de los mandamientos de la ley de Dios era una prueba de su pertenencia al pueblo de Dios y, al mismo tiempo, una garantía para la salvación eterna

Sin rechazar esta visión, sin embargo, Jesús resumirá la Ley en el amor a Dios y a nuestro semejante. La consecuencia de tal visión es que en vez de limitar los mandamientos solamente con el trato con Dios, se abre también la posibilidad de buscar relacionarse con los demás.

Es precisamente aquí que el Evangelio nos habla de modo particular. De hecho, cuando el hombre rico fue a Jesús, estaba ciertamente seguro de llevar una vida recta y de hacer lo que pensaba era correcto para su salvación eterna. Por supuesto, tenía algunas preocupaciones, pero no eran en sentido a su salvación, sino en el sentido de su búsqueda a la confirmación de que estaba en la dirección correcta. Esta es la razón por la que se dirigió a preguntarle Jesús.

Sin embargo, lo que no sabía era que hasta ese tiempo, había estado viviendo en un camino que honraba solamente una dimensión de la ley. Trataba sólo con Dios y olvidaba sus obligaciones con sus semejantes.

Por eso, cuando Jesús le invito a vender lo que él tenía y a darlo al pobre, no estuvo de acuerdo. Entonces, las cosas se volvieron difíciles para él, porque no sólo fue desafiado en su entendimiento de la ley, sino que también, nunca pensó que las cosas que poseía debían ser regaladas de esta manera. Esta es la razón por la cual se marchó triste.

De este encuentro, déjennos dibujar dos consecuencias. Primero, nunca deberíamos olvidar que el centro de los mandamientos de Dios es el amor a Dios y a nuestro semejante. El primero no puede existir sin el otro y viceversa. Como 1 Juan 4, 20 dice, ¿cómo puede uno decir que ama a Dios que no ve cuando odia al hermano que sí ve? En este sentido, cualquier esfuerzo por guardar los mandamientos debería incluir a Dios y a los semejantes. Por eso, nunca podemos amar a Dios en lo abstracto, pero siempre a través del amor a nuestros hermanos y hermanas.

Segundo, porque la Ley exige que pongamos atención a nuestros hermanos, nuestro corazón debería estar abierto también a ellos. Pero, como por instinto pensamos primero en nosotros que en los demás, lo que es requerido es el arrepentimiento y la conversión de corazón. En este sentido, lo que Jesús quería que el hombre rico hiciera era arrepentirse y aceptar la visión del reino que presentaba.

En otras palabras, si la observación de los mandamientos es abstracta y sin impacto en nuestra relación con los demás, entonces, no tiene ningún objetivo. Además, Jesús no nos llama para que permanezcamos como somos, sino para que cambiemos.

Lamentablemente, las posesiones materiales pueden fijar nuestros corazones en este mundo de tal modo que algunas personas piensan que esta es la única realidad que tenemos que vivir. Y con todo, existen en el mundo otros valores a demás del dinero y las posesiones materiales. Después de todo, hay cosas que nuestras posesiones no pueden comprar. ¿Y que de un buen matrimonio, una relación durable, una maravillosa amistad, etc.?

Pero, para los que han aceptado la sabiduría de vivir según Jesús y de seguirle, tendrán su recompensa. Recemos para que Dios nos dé el coraje de elegir la visión de Jesús. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Sabiduría 7: 7-11; Hebreos 4: 12-13; Marcos 10: 17-30



Fecha de la Homilía: el 14 de Octubre 2018
© 2018 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD
Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20181014homilia